

18/Nov/2008 KQC

1181624

MANO DURA

JOSE LUIS RAMOS ESCOBAR

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-RP

"Sólo me molesta haber nacido antes del día en que el hombre haya aceptado su propia naturaleza; que él no es razonable, que está lleno de crímenes, y que sus ideales son el pequeño impuesto que paga por el derecho a odiar y matar con su conciencia tranquila."

Arthur Miller
Incidente en Vichy

PERSONAJES

María Fuentes de Castillo

José Ricardo Castillo

Marta Fuentes

Roberto Díaz

Felipe Vargas

Petra Varela

Antonio León

Leticia León

Héctor Chamorro

La acción se desarrolla en un apartamento de una familia de clase media localizado en un centro urbano, millonario en habitantes, crímenes, desasosiego, inseguridad que raya en la paranoia y la incesante aplanadora de la vida rutinaria con sus pequeñeces, las obligatorias ceremonias que la comunidad exige de sus miembros para asegurarles una aceptación moderada en el ámbito de la pasarela social, y los continuos asaltos a la realidad más casual que realiza la imaginación menos anunciada.

Escena primera

Al encenderse las luces el escenario está completamente vacío. Un hueco silencioso se abre ante los ojos de los espectadores. Justo cuando las gargantas comienzan a carraspear de incomodidad ante la nada, un grito acuchilla la sala: una mujer del público forcejea con un hombre que intenta arrebatarse la cartera. Finalmente se impone la fortaleza del varón, quien huye por entre la sorpresa y el estupor de los espectadores. Entonces una música estridente golpea los oídos y comienza a cercar al ladrón. El hombre parece un insecto atrapado en un denso caldo de miedo. Sobre el escenario aparece una figura que coquetea con la ciencia-ficción en su indumentaria y presencia. Observa al ladrón con la frialdad gris de una pantalla de computadora. La música delinea un enfrentamiento que preside los movimientos sincopados de los personajes. El ladrón intenta golpear al Exterminador, pero sus golpes carecen de consistencia, como si sus puños fuesen de humo. El ladrón comprende que recorre la ruta de la inutilidad e intenta escapar. La

música se encampana por la pendiente de lo inevitable. El Exterminador saca su pistola laser y dispara contra el ladrón. El estruendo lanza a éste fuera de escena con la fuerza de un cañón. El Exterminador se adelanta, levanta al muerto y se lo coloca sobre el hombro derecho como un saco de plumas podridas. Luego se dirige a la mujer y le entrega la cartera. Sale por entre el público con su presa y su mirada sin vida. La música estridente se diluye en una tonada infantil.

Escena Segunda

El escenario es invadido por una fiesta de color. Durante la escena, los personajes van creando el decorado: colocan hileras de globitos alusivos a la celebración, desenrollan unas especies de pergaminos que cuelgan y que al extenderse van conformando un espacio semicircular (La distancia entre los pergaminos o fragmentos de paredes y el grosor de los mismos crean la sensación de rejas de seguridad.), cuelgan banderines y pancartas con diseños y lemas infantiles y traen los muebles imprescindibles para la escena. Alardean en todos los adornos las figuras de los toscos héroes de las tirillas cómicas: Popeye golpeando

a Brutus, Bart Simpson peleando con su padre, Garfield sonriendo ante su amo apresado en su última trampa... Al centro se sitúa un sillón en donde se sienta María con sus nueve meses de barriga como proa de su cuerpo desmesurado de maternidad. Mientras los demás personajes continúan colocando los otros muebles y demás objetos decorativos, María le canta a su bebé por nacer una nana que alguna vez escuchó y que hizo residencia escurridiza en su memoria. Un cenital rosado acompaña su nana.

María: Que no venga
 la Mora
 la Mora con dientes verdes
 Toda la noche
 mi niño
 ligero duerme
 Ea, ea, eeaa.

Una luz cegadora enfrenta a los demás personajes y les interroga con un resplandor despiadado. Cada uno desfila ante el implacable ojo ciego de la justicia.

Leticia: ¿Armas? Yo no tengo armas. Sólo cargo con una lata de gas
 irritante para cegar al ladrón que se me acerque. Es un envase

pequeño que cabe en la cartera, pero contiene suficiente gas como para dejar sin vista al pillo durante el tiempo necesario para huir y empezar a pedir ayuda.

La luz policial se concentra ahora en Petra.

Petra: Si yo hubiese podido le brincaba encima y me lo comía vivo. Sé que es peligroso, pero es que no puedo aguantarme. Me entra un sofoco y un nerviosismo que no puedo. Al tipo que intentó robarme el carro le metí como doce carterazos, que se le quitaron las ganas de robar. Suerte que José Ricardo se le enfrentó, que si no...

Gira la luz como un tío vivo y se detiene en Felipe.

Felipe: Usted sabe cómo está la criminalidad en este país. La gente tiene que tomar medidas. Mire, en mi calle tuvimos que contratar a un guardia privado, pues habían escalado ocho casas en una semana. Y ustedes sólo aparecían cuando los pillos ya estaban durmiendo en sus camas. Sí, ya sé que no pueden vigilar todas las calles. Por eso contratamos a

Sérpico. El individuo llegó con su pistolón, un bigote que asustaba bajo el ala del sombrero y un caminaíto que nos indicó que estábamos en buenas manos. Cuando regresamos por la tarde lo encontramos tomando su siestecita en uno de los balcones. Todo en orden, dijo estrujándose los ojos y metiéndose la paga en los bolsillos. Al entrar encontramos que habían escalado dos casas más, sin que Sérpico se enterara. Lo botamos como bolsa. No, no es un chiste, es sólo para ilustrarle cómo están las cosas y lo que pasamos los ciudadanos. Ustedes deberían estar en la calle buscando a los criminales y no interrogando a las víctimas.

Roberto es apresado por la luz.

Roberto: Me había dado como diez cervezas. Pero yo no iba a guiar, para eso estaba Marta. Por eso es que no me acuerdo bien... pero todo pasó cómo se lo han contado los demás. El pillo tuvo la culpa, digo entró a robar, ¿no? ¿Nervioso? No, digo sí, yo siempre me pongo nervioso. Cualquier cosa me asusta. Una vez ...

La luz se cansa de oírlo y busca con insistencia a Marta.

Marta: Disparos, muchos disparos. El olor a pólvora me dio náusea.
Y el ladrón allí, pálido, con los ojos fijos para siempre. Y el
miedo, un miedo que yo había soñado, fuerte y terrible como
el pecado. Sólo abrí los ojos cuando ustedes entraron por la
puerta a la pesadilla.

Gira la luz y atrapa a José Ricardo en su telar lumínico.

José R.: Desde pequeño fue igual. Siempre que me da coraje se me anuda
la garganta y veo todo rojo, como si las venas se me vaciaran
en los ojos. De ahí en adelante no pienso, ni sé lo que hago,
porque una fuerza extraña se apodera de mí y me lanza al vacío.
Ellos le pueden contar mejor; yo sólo recuerdo el coraje y la
sangre...

El foco interroga a Antonio.

Antonio: Nos defendimos, eso es todo. Cada ciudadano tiene derecho
a defenderse. El criminal entró a esta residencia, nos asaltó,
nos golpeó, sin ninguna consideración...Si lo sabe, lo que tiene

que hacer es irse a buscar a los que siguen matando y robando, a los que se ríen de sus procedimientos policiales, a los reclaman derechos civiles con una pistola en la mano, a esos sucios criminales, y déjenos tranquilos, que nosotros somos gente responsable que pagamos los impuestos para que ustedes puedan cobrar sus sueldos.

La luz comienza a perder su intensidad cuestionadora, borrándose en el tiempo y en el espacio y llevándonos de vuelta a la nana de María. Con la disolvencia en sonido y luces, el grupo recobra su normalidad. Las mujeres forman círculo con María mientras los varones se agrupan de pie cerca de las bebidas.

Petra: El primer juego será encontrar el nombre del bebé.

Leticia: ¿Qué, te metiste a clarividente?

Petra: ¿Qué te pasa a ti ahora?

Leticia: Que ya tú sabes que va a ser un nene. ¡La espiritista!

Petra: Yo no sé nada, chica. Esto es un juego.

María: Lo que hay que hacer es adivinar dos nombres, uno para nena y otro para nene.

Roberto: ¿Y cómo está ese futuro padre, nervioso?

José R.: Un poco, porque nunca se sabe lo que pueda pasar.

Felipe: Tranquilo, que hoy día las mujeres escupen los hijos en un dos por tres.

María: La primera adivinanza es así: Hijo de gato, caza ratón.

Petra: Eso no es una adivinanza, es un refrán.

María: Es un refrán que funciona como adivinanza del nombre de mi bebé.

Leticia: No me digas que vas a cometer la barbaridad de ponerle el nombre de tu marido.

Marta: El mío se llama como Robert, pero le decimos Tito.

Petra: ¿Ya consumiste tu turno, Leticia?

Roberto: Cuando nació el hijo mío, yo tenía una canillera...

Felipe: Debes haber parecido un merengue con tanto temblequeo.

Antonio: Pues para mí los tres partos de Lety han sido la cosa más normal del mundo.

Leticia: (Quien mantiene un oído en cada conversación.) Seguro, porque no fuiste tú quien los pariste. Para el primero, hasta te fuiste a comer mientras yo estaba con contracciones en la sala

de parto.

Antonio: Que iba a hacer, tenía hambre.

Leticia: Mira y que pensar en comida en un momento así. A la verdad que los hombres no sirven más que para trepárse nos encima.

Petra: ¿Acabaste, que ahora me toca a mí?

Leticia: Un momentito, que yo sólo hice una pregunta inocente que no me han contestado.

Petra: En ti ya no queda nada de inocente.

María: No, no lo condenaré a que le digan Junior. Y la adivinanza no es tan boba... Próxima.

Roberto: Oye, esa mujer tuya es bravita...

Antonio: Loca es lo que es.

Roberto: A mí Marta no se atreve a hablarme así en público...

Felipe: En público, no, pero en privado te pega cuatro gritos...

Roberto: Suave, nene, que no estamos hablando de Petra.

José R.: Oye, y ¿quién ganó la pelea de anoche?

Marta: ¿Tiene que ver algo con el queso?

Petra: Oye a la otra.

Marta: Bueno es que a los ratones...

Roberto: ¡Marta!

Marta: Díme, Tito.

Roberto: Tráeme una cerveza.(Ella sale a buscarla.)

Leticia: Yo le pago a Antonio si se atreve a mandarme a buscar una cerveza.

Petra: No te preocupes, Lety, que aquí todas sabemos que la que lleva los pantalones en tu casa eres tú.

Leticia: Lo que pasa es que yo sé cómo tratar a los hombres.

María: No tiene nada que ver con los ratones, Marta.

Felipe: Ganó el negro.

Antonio: ¡Qué gracioso eres, si los dos eran negros!

Felipe: ¿Noo?

Roberto: Ganó el campeón. Le metió un barrecampo en el chicho de la oreja, que lo dejó cantando Las mañanitas. ¿Tú no viste la pelea?

José R.: Es que María se puso mala y me quedé tranquilizándola.

Felipe: ¡Qué clase de marido! Si me quedo viudo, me caso contigo.

Petra: Hijo de gato...hum...José...María...¿Tiene que ver con una figura bíblica?

María: No precisamente.

Leticia: No, nena, no es Jesús, porque eso sería demasiado obvio.

Marta: Y como José Ricardo es tan descreído...

Leticia: Ateo es lo que es ése.

María: No digas eso, Lety.

Leticia: Si no cree ni en la luz eléctrica.

José R.: Y la verdad es que cada día me gusta menos el boxeo.

Felipe: Pero si antes no te perdías una cartelera.

Roberto: Hum, yo creo que a éste se le están aflojando los tornillos.

José R.: En serio, es algo en mi estómago. Cuando veo que la gente empieza a gritar: "Mátalo", y las caras llenas de sangre, y el odio que se les sale hasta por los poros, me dan ganas de vomitar.

Antonio: Hay que tener el estómago duro y dejarse de niñerías. Es así, a golpes, como se triunfa. Si le coges pena al otro, se recupera y te liquida. Ahí es donde se separan los hombres de los niños.

Leticia: ¿Tiene que ver con las letras del nombre de tu marido?

Petra: ¡Qué original! Sería algo así como Esoj Odracir.

María: No. Próxima.

Roberto: A los de la calle 12. Habían puesto una carpa en la calle, sacaron los televisores y tenían tremendo fiestón formao con suficiente cerveza y ron como para un regimiento. Y cuando la pelea iba por el cuarto asalto, llegaron dos tipos en un carro, los encañonaron con escopetas recortás y les quitaron las prendas, las carteras, los relojes, todo. Y como el colorao les dijo algo, le metieron un culatazo y le rajaron la cabeza.

Petra: ¿Tendrá que ver con lo que hace el padre?

María: ¡Tibio!

Antonio: Pero es que tienen que ser brutos. ¡Cómo van a ponerse a ver la pelea en la calle!

José R.: Con el calor que hace, es lo más normal del mundo.

Leticia: ¡Qué suerte tienes, nena, que pegaste una!

Petra: Déjate de envidia y haz tu pregunta.

Felipe: Hay que estar encerrao con doble cerrojo, rejas por dentro y por fuera, cadenas y candados de acero.

Antonio: Lo primero es cerrar la urbanización y contratar guardias.

Leticia: Como tu marido es maestro de literatura, sólo hay como dos millones de nombres que podrían ocurrírsele para el bebé.

María: Pero como ustedes son tan geniales, estoy segura que sabrán cómo adivinarlo.

Roberto: Nada de exagerao, que si no le pones alarma, te cogen en la cama. Yo me levanto cada hora a ver si las puertas están bien cerradas y si no hay nadie por los alrededores.

José R.: A la verdad que tú eres bien cobarde.

Roberto: Precavido. A mí ningún criminal me va a coger durmiendo.

Marta: A lo mejor escogieron el nombre del escritor preferido por José Ricardo.

María: ¡Caliente!

Leticia: Fíjate, tú engañas. No eres tan boba como pareces.

Marta: Pues tú no engañas a nadie.

Felipe: Pues claro que los violaron a los dos.

Roberto: A mí me pasa eso y me vuelvo loco.

Felipe: A ti va y te gusta.

Roberto: Ay, sí, papa.

Antonio: Yo lo que digo es que hay que estar preparados. Las rejas,

los cerrojos, los candados ayudan en la casa. Pero afuera no funcionan. Y total, el pillo siempre se las ingenia para entrar. Y uno no puede andar enrejao por la calle.

Leticia: Yo de libros y autores no sé mucho. Lo último que leí fue *La vida es sueño* de Calderón de la Barca.

Petra: Ay, hija, estás atrás y no avanzas. Eso se lee en escuela superior.

Leticia: Perdone la señora intelectual.

Petra: Yo por lo menos ya leí *La insostenible levedad del ser* de Milan Kundera.

Leticia: Ahí tienes un buen nombre: Kundera Castillo.

Roberto: Deja eso. Mira, a mi compadre lo asaltaron en una luz roja. Dos tipos se le acercaron al carro, lo encañonaron y le quitaron hasta los calzoncillos. Y eso fue a las dos de la tarde.

Felipe: Ya yo ni me paro en los semáforos.

José R.: ¡Qué muchos tickets debes haber cogido!

Petra: ¿Tiene que ver con poetas?

María: ¡Te estás quemando!

Antonio: Le estamos huyendo al problema y le estamos dejando el país a los criminales. Hay que coger al toro por los cuernos. Esto es una guerra y la va a ganar el que mejor pelee.

Leticia: Pasarás por mi vida,
sin saber que pasaste,
pasarás en silencio
por mi amor y al pasar
fingiré una sonrisa
con el dulce contraste
del dolor de quererte
y jamás lo sabrás.

María: Buesa no pertenece al reino de José Ricardo. Dice que ése es el poeta de las fregonas y las niñas tontas que se ríen como retardadas cuando oyen algo que rime, aunque sea una estupidez.

Leticia: Pues a mí me gusta mucho.

Petra: Claro está.

Roberto: Pero si ellos están mejor armados que la policía. El otro día se entraron a tiros en Las Gladiolas y los tipos tenían M-16, mientras los guardias les tiraban con sus 38.

Felipe: En los asaltos a los bancos, lo que usan son escopetas recortás.

José R.: Tienen hasta granadas y bazookas.

Marta: ¿Es del presente o del pasado?

María: Pertenece al crepúsculo.

Leticia: Ah no, ése es otro acertijo.

María: No, es otra clave.

Leticia: Tramposa.

María: Nadie dijo nada de jugar limpio.

Antonio: El gobierno tiene razón: mano dura con ellos. Pero todos tenemos que ayudar, porque cuando la policía hace los operativos, ellos se mueven para otros vecindarios, a atacar a la gente buena. Y por eso nosotros tenemos que armarnos hasta los dientes. Si los criminales tienen pistolas, pues pistolas tendremos nosotros. Si rifles, rifles y ametralladoras mejor. Esta gente no entiende de razones ni de humanidad. Hay que tirar a matar, para que aprendan. ¿Qué sacas tú con asomarte por la ventana cada hora si no tienes con qué defenderte? Lo que puedes buscarte es un tiro en la boca.

Leticia: Este juego se está poniendo aburridísimo. Ahora hay que adivinar lo que significa el crepúsculo para luego descu-

brir al escritor preferido de José Ricardo. Prefiero los crucigramas de Vanidades.

Petra: Nena, ya sabemos que lo único que tú lees son las revistas de chismes.

Leticia: Yo los leo, tú los cuentas.

Petra: A tu madre se los cuento.

Leticia: Deja a mi madre fuera de esto, pendejita de mierda.

Petra: La pendeja sabes donde la tengo.

María: Pero qué es esto, se van a poner a pelear en mi fiesta, qué barbaridad.

Marta: Diles el nombre para que dejen el pugilato.

José R.: No, no, yo no quiero saber de armas.

Roberto: Si yo cojo una pistola en la mano, lo que puedo hacer es volarme la cabeza yo mismo.

Felipe: Una vez yo me puse a practicar tiro y las balas salían para todos lados menos para el blanco.

Marta: Pues, a mí me suena como algo relacionado con el romanticismo.

María: ¡Ardiendo!

Roberto: ¡Marta, repíteme la dosis!(Marta se levanta molesta y busca otra cerveza.)

Leticia: Para mí están hablando chino.

Petra: ¿Volverán las oscuras golondrinas?

El sonido de una bola metálica que golpea una superficie de cristal comienza a perforar el aire. Los dos grupos se estremecen con un viento huracanado que tiene como vórtice a Antonio, sumo sacerdote de esta nueva ceremonia social en la que la pólvora cobra carácter afrodisíaco y la pistola se torna fálica.

Antonio: El arma es como una extensión del cuerpo. Tu mano, que crece y se endurece con una potencia extraordinaria. Las balas son parte tuya, tejidos y fluidos que corren desbocados buscando la salida por el cañón. Y uno se siente poderoso, potente, como si una fuerza extraña se apoderara del cuerpo. Y cuando uno aprieta el gatillo, todo se estremece, como si el volcán quisiera estallar vomitando fuego y pólvora. Sale la bala con un estrépito de llanto y grito y va

directa a su objetivo, abriendo la carne a la vez que penetra buscando la muerte. Entonces brota la sangre y se escapa la vida a borbotones y uno casi se desmaya, agonizando de gozo mientras la pistola humea y el cuerpo se va hundiendo en la nada.

Petra: (Casi en un orgasmo.) ¡Gustavo Adolfo!

María: ¡Bingo!

El grupo es ahora una masa viscosa que supura odio y violencia, mezclados con una lascivia contradictoriamente tierna. Los sonidos metálicos abruman los oídos mientras los personajes se contorsionan como tentáculos de un molusco ciego y sin rumbo. Sus voces chillan, gruñen, reververan y taladran el espacio en contraste con la figura materna de María que entona canción infantiles:

María: El nene de mamita
se llama Gustavito
que viva el nene
de mamá. Pin-pon.

Antonio: Olvídate de los pollitos y el dichoso pin pón, que si no nos armamos, no habrá a quien cantarle. Hay que darle la

bienvenida a las armas y decirle adiós a los escrúpulos.

El grupo adquiere una nueva configuración circular y Antonio queda como eje de esa nueva estructura social. El Exterminador entra a escena y va adiestrando a cada uno de los personajes en el arte de disparar, según Antonio va describiendo las diversas armas. Sólo María permanece aislada de esta iniciación guerrera.

Antonio: El arma más sencilla es la Smith and Wesson calibre 38. Tiene seis balas y su alcance es de unos 100 pies. Como arma casera es muy recomendable por su tamaño y su manejo.

María: Pon, pon, pon
el dedito en el pilón
los bebitos comen mucho
y gorditos quedarán. Pin-pon.

Antonio: La 22 es casi un juguete. Apropia para las doñas porque cabe en una cartera, pero poco eficaz por la dimensión de las balas que sólo dejan picadas de mosquito. Una pistola manejable es la Brownie o la Lugger alemana. Son más grandes, pero tienen dos méritos indiscutibles: son auto-

máticas y al tú tocar el gatillo sale una estampida de balas que puede matar a un bucéfalo; en segundo lugar, tienen peines de 10 a 12 balas que puedes cambiar en segundos, de manera que puedes hacer barridas de 144 balas en un minuto, suficiente para tumbar a un pelotón.

María: Tortitas, tortitas,
tortitas de manteca...

Antonio: Hablemos ahora de calidad, no de cantidad. El Magnum 357 es el Cadillac de los revólveres, el cuarto bate de las pistolas, la ficha del tranque de las armas. Tiene un cuerpo imponente, un peso ideal para la mano masculina y una potencia envidiable. Un sólo tiro del Magnum se lleva de frente a un toro. El hueco que abre cuando penetra sólo es superado por el que deja cuando sale. No hay hueso, ni coyuntura ni ligamento que se resista a su paso arrollador. Su capacidad destructiva es hermosa, fascinante, embrujadora... Si no fuera porque existe la 9 milímetros, el Magnum estaría en el primer puesto de mi Olimpo guerrero.

María: Los pollitos dicen
pío, pío, pío

cuando tienen hambre
cuando tienen frío...

Antonio: La 9 milímetros. Es una pistola automática, modelo 52, española. Es una preciosidad. El peine es de 15 balas, que pueden dispararse en 5 segundos. Las ráfagas son electrizantes. Puedes partir un árbol con sólo un peine. Si le disparas a alguien, los pedazos de estómago salpicarán las paredes y el aire quedará lleno de agujeros de sangre. Es tanta su potencia destructora, que algunos metales se astillan ante el avance de las balas desquiciadas. No hay nada más hermoso que sentir el poder de una 9 milímetros. Es como estar en el futuro, dueño uno de la vida y de la muerte.

María: Ay, mi niño, el mundo tendrá otro color contigo.

Antonio: Este es el final de los tiempos, el Apocalipsis.(Marta empieza a rezar por lo bajo.) La bestia anda suelta y si no la enfrentamos, moriremos todos. El mal no entiende de razones. El fuego sólo se combate con el fuego.(La luz adquiere tonalidades rituales, mientras Antonio se inclina como si buscase la ostia y desenfunda el arma que lleva en

una baqueta en el tobillo. La alza como el cáliz.) Violan a dos estudiantes, fuego; asaltan asilo de ancianos, fuego; queda parapléjico por balazo, fuego; atraco a mano armada por drogas, fuego; escalamiento en escuela superior, fuego; asalto en trece bancos, fuego; muerto en balacera entre pandillas, fuego, fuego, fuego. La sociedad tiene derecho a protegerse, en nosotros reside la salvación.

Todos rezan como posesionados por una fe de piedra oraciones desconocidas, fragmentadas, en las que ásperas interjecciones niegan toda relación con el rezo concebido como comunión y paz. El ritmo de los rezos va aumentando, transformándose en cánticos desaforados y airados que culminan en disparos, primero individuales, luego colectivos hasta que los cánticos que entonan adquieren una resonancia bárbara que estremece el escenario. Belicoso baja el telón.

Segundo acto

Al levantarse el telón no hay luz en el escenario. Alrededor de una pequeña mesa redonda los personajes se reúnen para cantarle al bebé por nacer. De sus bocas no sale sonido alguno, a pesar de que gesticulan y se contorsionan. Se escucha El pájaro de fuego de Igor Stravinsky.

Se enciende un fósforo y se ilumina el rostro de Antonio quien salmódica admonitorio mientras enciende la primera vela del bizcocho:

Antonio: Primera lección: identificar al criminal. Hay diferentes tipos y no se puede reaccionar igual ante uno que ante el otro. Cualquier equivocación puede ser fatal. El catálogo va desde la menudencia callejera hasta la sofisticación de los expertos.

Sobre las paredes se proyectan imágenes de criminales famosos del celuloide. Sus rostros irreales, que las películas han convertido en cotidianos, se fragmentan sobre la escenografía, confiriéndole al ambiente un aire de cinematógrafo olvidado. El primer rostro es el de

el niño delincuente Pixote, que se alterna con fotos de otros personajes de niños al margen de la ley. Como exhalación de la proyección, una figura penetra el espacio del apartamento y va dándole cuerpo a las descripciones de Antonio, de manera que los personajes y los espectadores tienen ante sí un desdoblamiento visual de los tipos de criminales que los medios de comunicación han creado y que la fantasía paranoica de la gente inventa como propios. Su presencia tiene un aire seco de premonición, como si los personajes estuvieran inventando el pasado.

Antonio: Yo los reconozco al vuelo. El caso más fácil es el de los muchachitos inexpertos que buscan unos pesos fáciles para saciar sus muy tempranas urgencias. No saben nada de armas y se comportan como si estuviesen jugando nintendo.

Felipe: El pichón tirándole a la escopeta.

Antonio: Exacto. Su juventud es amedrentable, pero traicionera. Los he visto echarse a llorar si uno sabe tocar la cuerda adecuada. Pero si sienten en tus palabras la voz de su padre, te pueden volar la cabeza sin encomendarse a nadie.

José R.: Edipo Tirannus.

Antonio: Son muy desordenados y descuidados. Por lo tanto, hay que seguir sus instrucciones y esperar el momento preciso cuando se distraigan con una voz femenina o se volteen a mirar su sombra, para enviarles nuestra caricia de plomo.

El rostro reflejado en las paredes se coagula y descompone. Petra sopla la velita prendida y la apaga. Antonio enciende otro fósforo y otra vela. Ahora surge en las paredes una secuencia de narcómanos conocidos de la televisión y los medios de comunicación masiva. La figura se interna por los predios sinuosos de la alucinación narcómana.

Antonio: El más peligroso es el drogadicto. Lo notarán por el temblor continuo de las manos, la forma de hablar atropellada y nerviosa, y los ojos, sobre todo los ojos, rojos, irritados, sangrientos...

Leticia: De la maldad del corazón hablan los ojos.

Antonio: Está en un asfixie. Roba porque necesita meterse un cantazo. Casi boquea, como el pez sobre la brea, y se rasca instintiva-

mente el brazo, como si sus uñas fuesen la aguja salvadora. Hay que tumbarlo rápido, porque en su desesperación, los nervios pueden apretar el gatillo y disparar y disparar y disparar hasta que la pistola se vacíe y él se descubra nadando en un río de sangre. Nunca le creas lo que diga porque son los más manipuladores del universo. Cuando te jure que no va a ocurrir nada, métele un balazo entre ceja y ceja, antes de que se vuelva loco porque su nota galáctica se está terminando. Un balazo solitario que penetre en su pesadilla y lo devuelva a la realidad de la vida.

María: Y de la muerte.

María apaga la vela con desesperanza. En las paredes aparecen los rostros de los mafiosos más connotados: Bonnie and Clyde, Scarface, Bugsy, Vito Corleone, Al Capone... La figura es ahora el gesto sedoso de un criminal de carrera. Antonio enciende la tercera vela.

Antonio: El tercer caso es el más fácil de identificar. Se trata de los profesionales. Con ellos nunca hay errores; jamás disparan sin querer. Si te van a matar es porque existe un contrato

en contra tuya. Tienen sangre fría, son elegantes, precisos, los ejecutivos del hampa... Si te asaltan es sólo para robar. No matan a lo loco porque saben lo que están haciendo.

José R.: No es la mano, es cómo acaricia.

Antonio: Ante ellos se impone la más absoluta obediencia y respeto. Al piso, bocabajo, sin mirarlos a la cara... Y no trates de pasarte de listo escondiendo el reloj, ocultando el dinero o cantándote pelao, porque provocarías la respuesta iracunda de un tiro en una pierna o un culatazo en la cabeza. Dale lo que te piden que tan pronto lo tengan se irán y salvarás tu vida. Estos académicos del crimen nunca miran hacia atrás a menos que sea para abrirle camino a la muerte. Quédate quieto, no respires, no comentes, no pienses, que sin darte cuenta has visitado el infierno y has regresado para contarlo.

Marta: Grande es Dios, y bueno.(Apaga la vela. Sube la música de Stravinsky. En las paredes se suceden vertiginosamente las imágenes anteriores. La figura desaparece con las imágenes, mostrando su origen común. De pronto nace el

silencio y la oscuridad destiñe el escenario. La escena comienza a recobrar su ritmo cotidiano mientras se escucha la canción **Gurisito** de Daniel Viglietti, cantada por Luz Esther Benítez, desde el verso: "Niño, mi niño, vendrás en primavera te traeré...", hasta el verso: "Se precisan niños para amanecer..." Las luces vuelven a la normalidad. Hombres y mujeres forman un sólo grupo aunque las conversaciones se mantienen cruzadas.

Leticia: ¿Y si es mujer?

Antonio: Las mujeres no roban.

Felipe: Seguro, porque mandan a los hombres a que roben por ellas.

Leticia: No, chico, que si sale nena, qué nombre le van a poner.

María: Para eso tengo otro acertijo.

Petra: Literario seguramente.

Marta: Me encantan los juegos.

Roberto: ¡Marta!

Leticia: ¡Otra cerveza para el pobre inválido que no puede pararse!

Roberto: Antonio, dile a tu mujer que no me jo...

Leticia: Si es en broma, chico, no te ofendas.

- María: Para adivinar el nombre si es nena, tienen que descifrar esto: Millones de hebras sin tino/ cascada de noche/ sin pena ni olvido.
- Petra: Uhh, exquisitos andamos.
- Felipe: En eso de las armas, hay que tener cuidado, porque uno se puede meter en tremendo lío.
- Roberto: Y para que le den licencia de portar armas a uno hay que estar más enchufao que la nevera.
- José R.: El problema es la injusticia de la ley.
- Leticia: ¿Tiene que ver con escritores?
- María: Sí y no.
- Leticia: Tú me la pones a mí bien difícil.
- Antonio: Más difícil es sobrevivir. Olvídense de los problemas.
- Roberto: Si, chico, pero si uno liquida a un criminal, puede terminar uno de acusado.
- Petra: ¿Tiene que ver con coser y descoser?
- María: Sí y no.
- Leticia: ¿Qué, le vas poner el nombre de una costurera?
- Petra: Que bruta eres, nena. Estamos hablando de personajes de

la mitología griega.

Leticia: Yo nunca he estado en Grecia.

Felipe: A un vecino de mi tío lo demandaron porque le fueron a quitar el carro y él aceleró y se los tiró encima. Y como le partió las piernas a los dos tipos, lo acusaron de intento para cometer asesinato.

Marta: ¿Tiene que ver con algún personaje clásico?

María: No directamente.

Leticia: ¡Contestó, por fin contestó que no!

Roberto: Y un primo mío tuvo que ir a juicio porque en un asalto a un supermercado, le metió con un litro de ron por la cabeza al pillo: acometimiento y agresión grave.

Petra: Espérate un momentito, que me estás despistando. Si cose y descose, tiene que ser un personaje clásico.

María: No, no se va a llamar Penélope, aunque me gusta ese nombre, porque pesa.

Felipe: Y a David, el de la lechonera, lo acusaron de asesinato porque le disparó al asaltante cuando estaba de espaldas y lo mató.

José R.: El divorcio entre lo justo y lo legal.

Roberto: Y dale con lo mismo.

Marta: Pues entonces se trata de un personaje moderno.

María: Sí, pero es más fácil descifrar el acertijo que rebuscar entre personajes.

Leticia: Vamos a destriparlo, a ver qué sale.

Antonio: Vengan a beber a mi fuente. No es matar, hay que saber cómo matar. Uno tiene que adelantarse a la ley y preparar el escenario. En el peor de los casos, siempre hay una salida. El que hizo la ley, hizo la trampa. No hay acusación posible si se prueba que todo ocurrió en defensa propia.

Roberto: Con la boca es un mamey.

Antonio: Hombres de poca fe... Vamos al caso del supuesto asesinato en la lechonera. Digo supuesto porque todos sabemos que el tipo era un criminal que fue a asaltar a los clientes del local. Si entró pistola en mano no puede esperar que lo reciban con un ramo de rosas.

Felipe: O con el rabito del lechón.

Antonio: El que a hierro mata, a hierro muere. Y sin compasión, que lo

que se hizo fue librar a la humanidad de un asesino. Ese ya no matará a nadie ni cometerá otro crimen. El problema es la ley, porque moralmente el tipo se buscó un balazo en la boca, aunque se lo dieron en la espalda. Vamos al mambo. Tú, Felipe, eres el asaltante. Vete a la puerta. Tú, Roberto, eres el carnicero. Los demás estamos dándonos la fría. (A las mujeres) Ustedes también, vamos dejen la vaina esa de los nombrecitos.

María: El nombre de mi bebé no es ninguna vaina.

Antonio: Chévere. Pero ahora vamos a cosas importantes.

María: Importantes para ustedes los hombres.

Antonio: No mijita, para ti también y para tu bebé. Dale, asalta.

Todos se miran un tanto desconcertados. Las mujeres suspenden su juego de adivinanzas y se unen a la representación. Felipe se va metiendo en papel, mientras gira. Se escucha una música estereotipada de suspenso.

Felipe: ¡Arriba las manos! Nadie se mueva. Tú, gordiflón, busca una bolsa y echa todo el dinero de la caja registradora. Con

calma, que yo vea tus manos todo el tiempo. Así. Y ustedes, echen las prendas y los chavos. Suavecito y con una sola mano. Eso es. Que a ninguno se le ocurra meterse a mono, que va a amanecer con la boca llena de moscas. Todos al piso y cuenten hasta cien antes de levantarse. (Va a salir.)

Antonio: Quieto. Ahí fue que David le disparó, cuando el tipo dio la espalda.

Felipe: Exacto.

Antonio: Quédese de espaldas, que usted es el pillo. Okey. Mávalo, David. (Roberto se incorpora, saca su imaginaria arma y dispara. Felipe cae abatido. Antonio se adelanta.)

Antonio: Obvio caso de defensa propia. Ahora hay que probarlo. David, ahora tú vienes donde el tipo, dale, lo viras de frente, retrocedes cuatro pasos y le metes dos tiros en el pecho. (Roberto es casi guiado por Antonio a realizar el acto.) Eso. Entonces, coges al individuo y le haces disparar el arma con su propio dedo. Muévanse, que el disparo va hacia allá. Tiene que ser con el dedo del criminal para que tenga pólvora en la mano. ¡Dispara!

Roberto: Pero el tipo está muerto.

Antonio: Eso lo sabemos nosotros, pero la policía no. Ponlo a disparar. Perfecto. Víralo de espaldas. Ya está.

José R.: ¿Ya está qué?

Antonio: La defensa propia. El criminal entró, asaltó y cuando estaba quitándole el reloj a la dama, David sacó su arma. El tipo le sopló un tiro a David, pero falló. David le disparó tres veces. Las primeras dos balas le dieron de frente, pero con el impacto, el cuerpo giró y la tercera bala penetró por la espalda.

María: Pero eso es monstruoso.

Antonio: Es la guerra. No vamos a permitir que un ciudadano honesto, buen padre y mejor amigo como David vaya preso porque liquidó a un tráfala. Y todos tienen que repetir la misma versión. Palabra por palabra, sin que falte una coma. Usted, señora, dígame que fue lo que ocurrió aquí.

Petra: ¿Yo?

Antonio: Eso es correcto.

Petra: Pues que estabamos aquí comiéndonos un cantito de lechón,

cuando ese desalmado entró y nos asaltó. El dueño intentó defendernos, pero el tipo le disparó. El dueño se defendió con su revólver y el tipo cayó muerto.

Antonio: ¿Lo ven? Defensa propia clásica.

Leticia: A la verdad que ese marido mío es una chavienda.

Roberto: A mí todavía me asusta un poco la vaina de la versión, pero como tú lo pones suena lógico.

Antonio: Es lógico. Y además es justo. ¿Por qué la ley va a castigar a la víctima? No señor, el problema son los criminales. Y si ellos saben que los vamos a recibir a balazos, menos se atreverán a asaltar y atacar a la gente decente de este país. Muerto el perro, se acabó la rabia.

José R.: Lo que propones es instaurar la pena de muerte.

Antonio: No, que va. La pena de muerte ya existe. ¿Cuántos no mueren al año en este país a manos de los criminales? Entre ellos mismos, en la guerra entre pandillas o por un punto de drogas, todos los días mandan a alguien directamente al infierno. Lo que pasa es que hasta ahora nosotros, los más perjudicados, hemos estado de brazos cruzados.

José R.: Y la única solución es convertirse uno en criminal.

Antonio: Criminales son ellos. Lo nuestro es...

María: (Con sorna.) Defensa propia.

Felipe: Algo hay que hacer. No podemos seguir esperando a que nos toque el turno a nosotros.

José R.: ¿Ustedes saben lo que están diciendo? Que todo el mundo ande armado, listos para disparar contra el primer ladrón que se nos cruce en la calle. Pero que tal si resulta que el que se nos cruza es un títere de barrio, bravucón y provocador, y para no quedar como cobardes, le metemos un tiro, para que crea en Dios. O alguien nos da un corte de pastelillo en la carretera, y solucionamos el coraje a balazos.

Petra: Eso es una exageración.

José R.: Lo que digo es que si estamos armados, vamos a resolver los problemas con pólvora y plomo.

Antonio: ¿Y cómo los resolverías tú? ¿Predicándole a los delincuentes que el crimen es malo y que deben ser bondadosos con el prójimo? ¿O regalándole un libro de tus poemas a cada asesino a ver si se rehabilita?

María: No tienes que ser tan cínico.

José R.: A lo mejor alguno se conmueve leyendo poesía, porque no sé si sabías que son seres humanos.

Antonio: Eran seres humanos. Ya no. Ahora son la escoria, basura, máquinas de robar y matar que van usar tus libros para limpiarse el fondillo. Están dañados, podridos, y lo que no sirve se bota, para que no dañe a los demás.

José R.: Lo mismo decía Hitler de los judíos.

Leticia: Ya salió éste con la política.

José R.: Lo único que digo es siempre habrá alguien a quien culpar y a quien habrá que liquidar para vivir en paz, hasta que nos terminemos matando entre todos y quede sólo una lápida como testimonio de nuestra estupidez.

Antonio: A ti te pondrán en la tumba: aquí yace el que a los pillos defendió y en un asalto murió.

María: Antonio, jamás pensé que podrías ser tan desagradable. Lo único que has hecho durante toda la fiesta es hablar de crímenes y asesinos...

Antonio: Yo no inventé la criminalidad.

- María: Pero estás marcado por ella. Respiras crimen hasta por los poros. Y lo peor es que nos haces respirar ese mismo aire contaminado a nosotros. Hasta mi bebé salta en mi barriga cada vez que escupes pólvora.
- Leticia: El crimen existe, está en la calle, y el que no quiere verlo es peor que un ciego.
- María: Claro que existe, los periódicos nos lo recuerdan día a día, las estadísticas no mienten, el record de asesinatos es un testimonio permanente de que existe. Pero lo peor no es que que exista, es que se nos ha metido dentro. Está aquí, dentro de nosotros, corre por nuestras venas y palpita con los insultos, presiona con el odio y desemboca en la muerte. Y luego nos inventamos justificaciones como la defensa propia y otras excusas para no aceptar lo que somos. Ese no es el mundo que quiero para mi hijo.
- Antonio: Es el único que hay. O lo aceptas o te suicidas.
- José R.: Ni lo uno ni lo otro. El crimen no es una forma de vida.
- Leticia: Díselo a los criminales.
- María: Pero es que ustedes no quieren entender...

Marta: María, mejor vamos a picar el bizcocho.

Petra: Sí, que todavía nos queda adivinar el nombre de la beba.

Marta, José Ricardo y Petra tratan de calmar a María y la llevan hasta la mesa con el bizcocho. Largo silencio.

Roberto: Marta, me traes una cervecita para pisar el bizcocho.

Marta: Cógelo suave, que te vas a emborrachar.

Felipe.: Este bebe como si fueran a prohibir la cerveza.

Roberto: Olvídense, que yo me puedo beber el Orinoco y me quedo mirando para el Amazonas.

Felipe: Bueno, y ¿cuál es el jueguito ahora?

Leticia: Adivinanzas para saber el nombre que le pondrán al bebé, pero María se inventa unas cosas que nadie puede adivinar...

Petra: Nadie es mucha gente. Serás tú, porque yo saqué el nombre para el varoncito, y te apuesto que saco el de la nena.

Leticia: El de la nena no lo adivina ni Dios.

Marta: No digas eso, que Dios todo lo sabe.

Leticia: Es un decir, Marta, no te agites.

Roberto: Díganme la adivinanza, que yo soy experto en resolverlas.

María: Sí, mejor hablemos de la vida. Dice así: Millones de hebras sin tino/cascada de noche/ sin pena ni olvido.

Felipe: Uyyy, te la pusieron dura, Robert.

Roberto: Llévame con calma, que tengo prisa. A ver, millones de hebras sin tino, uhmm, eso es un enredo

Leticia: Adiós, y qué le pasó al experto.

Marta: Sigue, Tito, no le hagas caso.

Roberto: El enredo son las hebras sin tino, no la frase.

María: Sigue, cuñaíto, que vas bien.

José R.: Yo sigo diciendo que nadie lo va a descifrar.

Petra: O sea, que lo hicieron para lucirse.

Roberto: Silencio. Enredo... hebras sin tino...no estamos hablando de hilo.

Leticia: ¡Christopher Columbus!

Felipe: El almirante Robert.

María: Inténtenlo ustedes, a ver si lo adivinan.

Antonio: A mí no me gustan los juegos bobos.

Roberto: Si son millones de hebras, y no son de hilo, pues tienen que ser otro tipo de hebras. Y la única otra hebra que yo

conozco es la del pelo.

María: (Cantando) Vas bien, muchacho, vas bien.

Felipe: Yo creía que ya estaba borracho.

Roberto: Mucho pelo...enredao.

Petra: Oye, esa es una buena pista.

Leticia: La encontró él, no tú, así que chitón.

Petra: Pero todavía no sabe el nombre, y yo estoy en el juego.

María: Avancen, que si lo estiran mucho, va y me pongo a parir aquí mismo.

Roberto: Mucho pelo, cascada de noche...una cascada hace ruido.

María: Frío, frío.

José R.: Como el agua del río.

Roberto: Aguanta la lancha... Mucho pelo, en cascada de noche...

Petra: ¡Pelo negro!

María: ¡Caliente!

José R.: Como agua de la fuente.

Leticia: Parecen un disco estos dos.

José R.: Un poema. Son versos de Lorca.

Roberto: Pero cállense, que me sacan de concentración.

- Marta: Dale, papito, que tú puedes.
- Roberto: Búscame otra cerveza, para inspirarme.
- Leticia: Si no lo adivinas, por lo menos coges una buena juma.
- Roberto: Si no es el ruido, y no es el agua, sino pelo negro, lo de la cascada va con el enredo.
- Petra: Claro, pelo en cascada, con ondas, alborotado.
- María: ¡Calientísimo!
- Felipe: Como agua del calentador.
- José R.: Eso no rima.
- Felipe: Pero quema.
- Leticia: Oye, esta Petra hace trampa. Robert va adivinando y ella se aprovecha.
- Petra: Eso se llama ser lista.
- Roberto: Sin pena ni olvido. ¿Un pelo alborotao sin pena? No tiene sentido.
- Felipe: ¿Y a quién se le olvidó?
- María: Dice: sin pena ni olvido.
- Petra: Ya tenemos el pelo negro ondeado. El tercer verso no es sobre el pelo.

Leticia: Le estás buscando cuatro patas al gato.

María: Yo diría que caminando se llega a Roma.

Leticia: ¡Otro acertijo!

Roberto: Un nombre, estamos buscando un nombre. Y estos dos se la pasan inventando, así que sin pena ni olvido puede ser, no del pelo, si no de ellos.

Marta: Que a ellos no le da pena ni olvido ese nombre.

María: ¡Ardiendo!

Felipe: Como agua hirviendo.

José R.: Tú sería un buen poeta satírico.

Petra: Si no les da pena es porque a otros les daría pena.

Leticia: A lo mejor le van a poner Esculapia o Sinforosa.

María: Fallaste, como de costumbre.

Roberto: No necesitamos la pena ni el olvido para saber el nombre.

José R.: No, pero ayuda.

Roberto: Vamos al pelo: negro, en ondas y abundante. ¿Cómo se le dice al pelo así?

María: Te estás achicharrando.

Felipe: Como agua...

Tocan a la puerta y los golpes resuenan por todo el escenario. La vibración del miedo hace que todos se muevan en cámara lenta. Se miran extrañados mientras Marta se adelanta y pregunta:

Marta: ¿Quién es?

Voz: Entrega de pizza.

Suspiro de alivio colectivo. Se recobra la normalidad en los movimientos. Marta se dirige a abrir. María se incorpora para advertirle, mas sus palabras llegan tarde.

María: Aquí nadie ordenó pizza...

Irrumpe en escena un individuo con una media de mujer cubriéndole la cara y una Magnum 357 en la mano. Un cenital se enciende sobre él a la par que se escucha El Titán de Mahler. Los demás personajes lo observan fascinados y aterrados. La presencia del asaltante hace que cada uno rememore las descripciones ofrecidas por Antonio para intentar identificar al tipo de criminal y para ver cómo aquél va a responder al ataque de éste. La voz imperiosa del asaltante los saca de su

fantasía.

Asaltante: Todos al piso, bocabajo, y las manos sobre la cabeza. ¡Rápido! Al que haga cualquier movimiento sospechoso, le vuelo la tapa de los sesos. Usted, doña, al piso.

María: Es que no puedo, por la barriga.

Asaltante: Al piso, si es que quiere llegar a parir.

José R.: Mire, por favor, llévese lo que quiera, pero a mi esposa déjela quieta, que ya está en el mes y puede...(se ha acercado al asaltante mientras le habla)

Asaltante: ¡Cierra el pico!(Lo golpea en el rostro con el revés del revólver; José Ricardo cae de bruces.) Acaba mijá, o te saco el muchacho a tiros. (La empuja. María se acuesta a duras penas.) Ahora se van quitando los relojes, las pulseras, los collares...con una sola mano y que yo los vea. Eso es. Pónganlos frente a ustedes, al frente, dije, carajo. Las billeteras, saquen las carteras...(Va recogiendo las prendas y las carteras.) Y las llaves, quiero las llaves de los carros. (Los varones van sacando las llaves.) Suavecito, que nadie se esmande...(Recoge las llaves y se dispone a salir.) Que les caiga bien la pizza.

Se vira de espaldas para salir. Sube la música de Mahler mientras todos esperan la intervención de Antonio. Lo miran, le hacen señas, pero el miedo agarrota al cuerpo de éste. María empieza a tener contracciones. Sus quejidos resuenan como una sirena de ambulancia en una noche borrascosa. José Ricardo parece querer detener la acción que presiente ha de desembocar en el pantano del destino inexorable. El ladrón está aprisionado por el haz de luz cenital. Antonio es una esfinge de miedo. Se aceleran los quejidos. La sangre late con el mismo ritmo en José Ricardo. Cuando la tensión amenaza con desbordar el escenario, una fuerza que desafía toda lógica y que salta sobre convicciones y principios se apodera de José Ricardo y lo lanza al abismo: rueda sobre sí mismo, agarra la pistola que Antonio tiene en el tobillo y dispara contra el asaltante. Un enorme fogonazo llena el escenario. José Ricardo trata de gritar para despertar de la pesadilla, pero su desesperación parece el aleteo impotente de un pájaro extraviado en los páramos de la soledad. El ladrón se contorsiona en los brazos de la muerte, cuyo peso inconmensurable cae sobre los demás personajes y los golpea y zarandea

en cámara lenta. Luego el caos hace residencia en el escenario.

María: Ayy, se me sale.

Petra: Suave, respira hondo, así... Vamos a llevarla al cuarto.

Marta: ¿Qué pasó, José Ricardo?

José R.: (Mirando el arma espantado.) Lo maté.

Felipe: LLamen a la policía.

Leticia: ¿Cómo vas a llamar a la policía! No ves que hay un muerto.

¿Qué hacemos, Antonio?(Antonio no responde.) ¡Antonio!

Antonio: (Saliendo de la ciénaga del miedo.) ¿Ah?

Leticia: Despierta, carajo, no ves al muerto. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Antonio: Pues...(Comienza a recobrar su aplomo.) Vamos a matarlo otra vez. Vírenlo, para dispararle de frente.(Felipe y Roberto lo hacen.) ¿Dónde está mi arma? Dame acá.(El contacto con el arma lo envalentona.) Así es como se trata a estos maleantes.(Tiembla. Sale el primer disparo. El cuerpo se estremece. Siguen saliendo disparos. Antonio parece posesionado. Las contorsiones del cuerpo lo estimulan.) Así, cabrón, para que aprendas a no meterte con la gen-

te decente; hijo de la gran puta, criminal de mierda...

(Sigue disparando hasta que no le quedan balas.

José R. observa aterrado la metamorfosis de Antonio, cuyo semblante adquiere relieves sanguinarios.)

Uno menos. Vamos a disparar su arma.(Levanta el arma del ladrón y la sorpresa se instala en su rostro.) Ah, carajo esto es un revólver de juguete; el muy pendejo nos asaltó con un revólver de embuste.

Roberto: (una risa histérica se apodera de él) ¡Nos jodimos!

Leticia: ¡Cállate la boca! Antonio, invéntate algo, carajo.

Antonio: Estamos metidos en un lío.

José R.: Es que debimos desarmarlo y entregarlo a la policía.

Antonio: ¿Para qué? Saldría en un año, en el peor de los casos y volvería a las andadas, asaltando y matando a gente buena.

José R.: Pero lo maté, he cometido un crimen.

Antonio: Ningún crimen. Te defendiste, eso es todo. Hiciste bien. Ahora lo que necesitamos son dos armas.

Felipe: ¡Dos!

Antonio: ¿Alguien más tiene un hierro?(Todos se miran y niegan.)

Roberto: Nadie. ¿Y ahora, qué hacemos?

Antonio: Déjame pensar.

Felipe: Oye, ¿y si el revólver se disparó en un forcejeo?

Antonio: Suena bien, buena idea, buena idea.

Roberto: ¿Y qué haces con el juguetito que él trajo?

Antonio: Escóndelo donde nadie lo encuentre, y después lo tiras al mar o lo entierras.

Roberto: Yo no; no voy a ensuciarme las manos con sangre.

Leticia: Estás salvando tu fondillo.

Roberto: No quiero ser cómplice de un crimen.

Antonio: Esa es la posición fácil, de muchos que se esconden cobardemente detrás de los que nos arriesgamos, de los que sacamos la cara por la comunidad. Aquí se ha hecho justicia, José Ricardo nos trajo la justicia.

José R.: La muerte, yo traje la muerte.

Leticia: Dame acá el revólver ese y olvídate de los peces de colores.

Antonio: Perfecto. Nosotros resolvemos. Vamos a ver, la pistola se disparó en la pelea cuerpo a cuerpo.

Roberto: ¿Pero cómo se va a disparar ese montón de balas en una

pelea?

Antonio: Olvídate, el gatillo se quedó pillado, qué se yo. El tipo está muerto, nadie nos puede contradecir.

Felipe: Oye, esa es tu pistola, la policía va a saber que...

Antonio: ¿Tú te crees que yo me mamo el deo? Esta no está inscrita.

Leticia: Avanza, ponle el arma en la mano.

Antonio: Espérate, déjame borrarle las huellas. Por suerte tengo otro peine de balas.(Le pone el arma en la mano al ladrón.) Sálganse, que voy a disparar.(Hace que el muerto dispare varias veces, hacia el techo.) Ya. Ahora llama a la policía. Y recuerden, el tipo se descuidó y José Ricardo le saltó encima y entonces el...

José R.: No, no,nooo. Yo lo maté a sangre fría, yo soy el responsable.

Felipe: Pero fue en defensa propia.

Antonio: Claro que fue en defensa propia: él te golpeó, empujó a tu mujer, nos robó...se merecía la muerte.

Leticia: Seguro.

Antonio: Si no te me hubieses adelantado, yo lo habría liquidado.

Por eso todos te vamos a defender, porque éste es nuestro

muerto también.

José Ricardo se ha acercado al cadáver y lo mira alucinado. Hay en él una extraña ambivalencia: la muerte le provoca una fascinación tortuosa, a la par que su sentido de culpa lo lanza convulsionado en el remolino de la náusea. Una luz grisácea los arropa, mientras el resto de los personajes queda en semipenumbras. José Ricardo se arrodilla, toma la mano del cadáver y la acaricia agobiado por la pena y el terror. Justo entonces se escucha el llanto del bebé. Por el lateral entran Marta y Petra.

Marta: Nació la bebé, es bella.

Petra: Y yo sé como se va a llamar: ¡Amaranta!

José R.: ¡Sin pena ni olvido!

Se escucha una música infantil mientras todos se observan sin saber qué decir. La incertidumbre se mezcla con el miedo, la alegría, la cobardía y el terror. La música infantil se distorsiona. Las luces se diluyen y se fragmentan, recogiendo en su cuerpo de luz las divisiones que aquejan al cuerpo social. Por el lateral de la imaginación de los personajes entra la figura de El Exterminador, encarnación de los deseos de mu-

chos y de los temores de todos. Trae a la bebé en brazos. Los personajes se agrupan en un bajorrelieve de contornos terribles, con José Ricardo frente al cadáver de sus propios ideales. El Exterminador levanta al bebé como si fuese una ofrenda a los dioses y lo deposita sobre el cadáver del ladrón. La música ya casi mueca se apodera de todo el escenario. Asustado cae el telón.

FIN

San Juan de Puerto Rico
Enero-diciembre de 1993.